

# UN PASADO QUE NO PASA: GOLDHAGEN Y LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE EN ALEMANIA

Gonzalo Capellán de Miguel

Universidad del País Vasco

## 0. Introducción

Desde la brusca ruptura psicológica y vital que para Alemania supuso la II Guerra Mundial, la historiografía alemana ha llevado a cabo un lento pero continuado proceso de "normalización". Desde la obsesiva preocupación por reconciliarse con su pasado más cercano que se percibe en los historiadores alemanes de los años de postguerra las polémicas historiográficas en torno a diversas cuestiones relacionadas con la Alemania del nacionalsocialismo han sido frecuentes. En los últimos años parecía que la Historia del Tiempo Presente en Alemania (*Zeit/Neusten-geschichte*) comenzaba un importante giro que desplazaba esa problemática tradicional de su centro de atención para comenzar a preocuparse de todos aquellos puntos relacionados con la reunificación y el futuro de la Alemania unida. Sin dejar este apartado de ocupar el epicentro de la más reciente historiografía, la "vieja herida" ha vuelto a dar muestras de que el pasado de los años 30 y 40 todavía está presente, demasiado presente quizá.

La piedra de toque para este reavivamiento de la polémica entre historiadores del presente ha sido la publicación del trabajo del harvardiano Goldhagen, *Hitler's*

*willing executioners*<sup>1</sup>, cuyas repercusiones han trascendido las propias fronteras alemanas para afectar de una u otra forma a la Historiografía a una escala mundial (la historia del presente, como todo lo demás, también se va globalizando). Mucho se ha escrito en todos los países al respecto, pero uno no puede llegar a explicarse la tremenda repercusión de esta obra desde una perspectiva llamémosla endógena, desde la sola consideración de su contenido. Para entender la conmoción por ella producida es preciso recurrir a la Historia del Tiempo Presente y a su peculiar naturaleza en Alemania. Sin una sociedad demasiado sensible aún a su pasado reciente (a pesar de lo que los propios alemanes se cansaban de repetir sobre la desaparición del fantasma del nazismo de su presente o a su explícito deseo de "pasar página"), es imposible dar una satisfactoria explicación del "fenómeno Goldhagen". Una variable ésta en la que no se ha incidido lo suficiente en los análisis académicos, pero que sí estuvo presente desde el primer momento en los debates sostenidos en la prensa. En ellos se encuentra la información clave para comprender toda la polémica desde su origen y la base argumental de todas las disertaciones académicas posteriores, a pesar de lo cual es probablemente la fase peor conocida entre nosotros (en especial la etapa norteamericana, frente a la atención prestada a la etapa mediática alemana). De ahí que, junto a las líneas básicas de *Los verdugos voluntarios de Hitler* y algunos rasgos peculiares de la Historia del Tiempo Presente en Alemania, mi texto reserve un amplio espacio a reunir y clasificar todos los aspectos externos al debate Goldhagen que fueron aflorando en diversos medios de comunicación internacional.

## **1. *Los verdugos voluntarios de Hitler***

No se puede comenzar un análisis de la denominada polémica Goldhagen sin presentar, antes de nada, una síntesis de la obra centro del debate historiográfico (generalmente reducida a su tesis central expuesta en un párrafo, cuando no completamente omitida para pasar de forma directa a la crítica del autor o de sus aspectos más controvertidos). El trabajo de Goldhagen es tan denso que difícilmente puede resumirse su contenido en unas cuantas ideas desconectadas (como veremos en la prensa y de ahí la necesidad de aportar un fondo mínimo previamente). De hecho, lo pri-

---

1. Editado por Alfred A. Knopf, salió a la venta en EE.UU. en marzo de 1996. Traducido al español como *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* y editado por Taurus en octubre de 1997.

mero que quiero destacar es que se trata de una auténtica obra de ingeniería, un complejo trabajo, no tanto por su tesis central, como por la serie de argumentos colaterales que vienen a dar a esa tesis una solidez formidable, tanto metodológica como teóricamente. Junto a esa compleja elaboración teórica es imprescindible la aportación de un denso corpus documental mediante el cual el autor aspira a probar (a demostrar, en su categórico lenguaje) su tesis. El talento de Goldhagen queda sobradamente manifiesto cuando el lector se adentra en la profundidad de esa estructura cuidadosamente diseñada y perfectamente tejida. Y lo quiero destacar en primer lugar porque es precisamente ésta una de las causas internas del éxito de Goldhagen. Al centrarse el debate en aspectos externos e ideológicos, creo que la mayor parte de los críticos han olvidado hacer justicia a la calidad de la obra y a la poco común inteligencia de su autor (cosa que, por otro lado, ya se hizo patente en sus reiteradas confrontaciones académicas y mediáticas con sus detractores).

Entrando ya en el contenido, lo primero que hace Goldhagen (capítulo 1) es mostrar sus "armas", es decir, presentar al lector su marco de interpretación, que se sustenta en dos puntos esenciales. De un lado, se distancia de la historiografía precedente (cuyas aportaciones minimiza en extremo –y así comienza Goldhagen a granjearse "amigos"–) para proponer una "nueva perspectiva" del Holocausto. Según su opinión, el mayor error cometido por los historiadores de la Alemania nazi ha consistido en considerar que aquella sociedad era esencialmente similar a la actual, que sus pautas político-culturales eran "normales" desde una perspectiva presente (que para Goldhagen es la democrática de EE.UU y Europa Occidental, incluida la propia Alemania actual).

¿Y por qué es equivocado ese punto de partida asumido por tantos historiadores? La respuesta se encuentra en la cultura política de la Alemania nacionalsocialista, definida por su antisemitismo visceral. Y éste es el segundo elemento central a considerar. El antisemitismo constituye una variable explicativa de tal trascendencia que sin su ayuda resulta imposible alcanzar una comprensión adecuada de la política anti-judía del período nazi y de su consecuencia más evidente, el Holocausto. Lo que Goldhagen llama "mentalidad eliminadora", que tan útil se presenta a la hora de entender y explicar históricamente la persecución y exterminio de los judíos durante el período nacionalsocialista, es el resultado directo de un antisemitismo demoníaco arraigado en la sociedad alemana desde mucho tiempo atrás.

Si ya la parte cualitativa de su tesis parece polémica per se, es decir, el reconocimiento de la existencia de una cultura política ancestralmente marcada por el antisemitismo en Alemania que explicaría el hecho de que en una coyuntura determinada, con la llegada de los nazis al poder, se manifestara de una manera especialmente radical; si eso es así, insisto, la parte cuantitativa resulta más impactante aún. Esa mentalidad era compartida por la mayor parte de los alemanes. O lo que es lo mismo, el antisemitismo eliminador no fue, históricamente, un patrimonio exclusivo de los dirigentes nazis y de sus seguidores, sino un sentimiento compartido por casi todos sus compatriotas. Hasta tal punto es así, que allí donde llevemos esta hipótesis podemos encontrar numerosos datos reales que la confirman sobradamente.

Y eso es precisamente lo que Goldhagen hace en su obra. Planteado su edificio teórico, emprende una vasta empresa de aportación de pruebas. En primer lugar se sumerge en el pasado alemán buscando muestras de antisemitismo entre los diversos grupos sociales a lo largo del siglo XIX. Desde comienzos de ese siglo se percibe con claridad un antisemitismo de corte tradicional vinculado a la cultura cristiana. Ese *antisemitismo religioso*, sin embargo, evolucionó a lo largo de todo el siglo para irse trasformando en otro de corte secular y cuya característica principal ya no estaba relacionada con una tradición religiosa que hacía de los judíos los causantes de la muerte de Jesús –y por extensión del mal, eran la encarnación del demonio–. Ahora los judíos aparecían igualmente rechazados por los alemanes, pero no como comunidad religiosa, histórica, sino como raza (*antisemitismo racista*)<sup>2</sup>. Éste es justamente el tipo de antisemitismo especial y característico de los alemanes que Goldhagen califica como "eliminador".

Ese cambio se muestra de la mayor importancia, pues si bien antes el judío (como lo hicieron algunos miembros destacados de la comunidad con el fin de lograr su aceptación social) podía redimirse de su condición mediante el bautismo (conversión); en el futuro eso no sería posible, pues la raza es una condición natural de la que uno no puede escapar. De este modo se complicaba el ancestral "problema judío" (*Judenfrage*), puesto que los judíos ya no eran solo un "cuerpo extra-

---

2. La edición de los Verdugos voluntarios en las diferentes lenguas lleva como portada una fotografía de un masivo mitin nacionalsocialista en el que se iza una cartel gigante con el lema "Los judíos son nuestra desgracia" (*Die Juden sind unsere unglück*).

ño" (*Fremdkorpe*) en la Nación alemana, sino que además era absolutamente incompatible: nunca podría ya formar parte del *Volk*, de un pueblo alemán que se había convertido en el sujeto del sentimiento nacionalista. Ésta era una visión compartida por todas las instituciones, diseminada por todas las esferas de la vida, desde la Iglesia Protestante y Católica hasta los intelectuales, pasando por las fuerzas políticas nacionalistas, conservadoras o abiertamente antisemitas (que obtuvieron un notable respaldo en las elecciones de 1893). Tan solo una reducida fracción de los liberales de izquierda y los defensores de la socialdemocracia se distanciaban de esas opiniones.

Ésa es la mentalidad que Goldhagen encuentra en el pueblo alemán a comienzos del siglo XX. Si bien durante los años de la Guerra las cuestiones de política exterior sustituyeron en el interés de políticos, prensa y opinión –en general– a la cuestión judía, eso no supone de ninguna manera una desaparición de la mentalidad eliminadora. Éste es otro error de interpretación común que Goldhagen atribuye a buena parte de la historiografía, que tiende a ver las diferentes oleadas de antisemitismo en el tiempo como fenómenos nuevos que se crean por las circunstancias en cada momento histórico concreto. No. La mentalidad eliminadora antisemita siguió latente e incluso durante la República de Weimar podemos encontrar numerosas muestras de ella. Fue precisamente sobre ese substrato arraigado, extendido y permanente (no desaparecido), sobre el que obró el partido nazi en los años 20 y el que haría factible la política anti-judía de los años 30. Las ideas de Hitler en este terreno estuvieron siempre claras, nunca trató de ocultarlas (*Mein Kampf* es el mejor ejemplo) y nunca fueron rechazadas en cuanto tales por la sociedad alemana. Desde ese momento, Goldhagen pasa a mostrar abundantemente la forma en que la mentalidad eliminadora, ese peculiar modelo cognitivo, operó sobre los alemanes corrientes para convertirlos en colaboradores voluntarios de la política nazi.

De forma preliminar se esfuerza en demostrar con distintos ejemplos concretos la autonomía de los alemanes corrientes, la capacidad para obrar de forma independiente con respeto a la política oficial (en sus diversos aspectos). Esto resulta imprescindible para sustituir los argumentos clásicos del temor, la coacción, la búsqueda del éxito personal, etc. a la hora de explicar la masiva colaboración con el régimen nazi o la ausencia de protestas contra las medidas anti-judías. Nada de eso. Si sucedió así fue precisamente por la mentalidad antisemita común que per-

mitía, en potencia, un ataque organizado desde el Estado contra la raza judía sin oposiciones esenciales por parte de los alemanes. Por tanto, ya no hay que argumentar que los alemanes corrientes desconocían las atrocidades cometidas contra los judíos. Las conocían, pero las aprobaban en lo esencial, en la creencia de que eran los causantes de los males de la Nación, de la guerra, de la crisis económica, del bolchevismo... A lo sumo la desaprobaban puntualmente, en los medios y las formas brutales en que a veces se llevó a cabo, pero prácticamente todos querían por igual una Alemania *Judenrein*, libre (limpia) de judíos.

Bajo esta nueva perspectiva todo parece cobrar una explicación lógica, incluso la posibilidad material de los alemanes para matar tantos millones de judíos, algo que no pudieron hacer Hitler y sus acólitos y algo para cuyo funcionamiento organizado y cotidiano –tal y como tuvo lugar– no se podía estar forzando continuamente a la población, a los miles y miles de alemanes que entran en la categoría clave del análisis de Goldhagen: los "perpetradores". El término "perpetradores" se refiere a los colaboradores desde un amplio punto de vista. Bajo su vasto espectro quedarían incluidos quienes administrativamente estaban en los campos como funcionarios, quienes judicialmente ejecutaban las leyes anti-judías, quienes a sabiendas participaban en los trámites para llevar a cabo las deportaciones, quienes desde la Iglesia no realizaban una condena moral de trato injusto a los judíos, quienes integraban los batallones policiales; en definitiva, tantos y tantos alemanes corrientes (ni miembros de las SS, ni del partido nazi) que coadyuvaron al funcionamiento armónico de la compleja maquinaria de matar que perpetró el Holocausto.

A todos esos protagonistas que la historiografía ha mantenido en el olvido para centrarse en los recurrentes tópicos de las cámaras de gas y los dirigentes nazis más conocidos, dedica Goldhagen los últimos capítulos de su obra. Caso por caso (Batallones policiales, campos de concentración, marchas de la muerte...), documento tras documento, va aportando la base material a su tesis con testimonios de sobrecogedora brutalidad mostrados con toda su crudeza. De tal manera lo hace, que no resulta en absoluto sencillo argumentar de forma contundente en su contra.

Con esto finalizamos lo que puede considerarse capítulo interno de la tesis Goldhagen y que yo caracterizaría como novedosa, inteligente, documentada, poderosamente razonada, convincente y muy bien trabada (coherente). Un trabajo de gran calidad en definitiva, pero aún así no tanto como para lograr un éxito tan

sonado y universal, más aun cuando –como recuerda algún crítico– la oposición por parte de los historiadores ha sido casi unánime. ¿Cómo se explican ambas cosas? Para dar una respuesta completa debemos acudir a los factores externos.

## 2. Alemania y su pasado reciente o la Historia y el deseo de olvidar

Ya he escrito en otro lugar sobre el deseo permanente observable en buena parte de la Historiografía alemana reciente por "echar tierra" sobre el período nacionalsocialista<sup>3</sup>. La idea de que 1945 suponía un *Nullpunkt*, un auténtico nuevo comienzo para la Historia alemana reciente, fue difundida con insistencia en los años de postguerra. Durante años los alemanes desearon partir de la denominada hora cero (*die Stunde Null*) a la que de forma frecuente se referían los relatos historiográficos. Incluso se creó un corpus de conceptos más específico y altamente significativo de ese deseo por olvidar lo que se consideraba una etapa negra del pasado reciente. Baste mencionar aquí el ejemplo curioso de un concepto como *Persilschein*, algo así como un lavado del pasado metafóricamente expresado en la marca de un conocido detergente (Persil), tan eficaz que podría borrar incluso las duras "manchas" de las atrocidades cometidas por el Estado Alemán bajo el mandato de Hitler. El proceso que los alemanes han conocido como *Entnazifizierung* ("desnazificación") también se refiere a esa realidad que ha afectado durante medio siglo a todos los campos de la sociedad y en el que la producción historiográfica ha desempeñado un papel central.

En esa tarea se ha empleado mucho esfuerzo en los últimos años. Se ha intentado una recuperación historiográfica de períodos más positivos de la Historia alemana, como la República de Weimar, considerando la etapa nacionalsocialista posterior como un auténtico paréntesis, una excepción a una supuesta evolución continua por el camino de la socialdemocracia de la Nación alemana. Sobre todo se ha mitigado el efecto de ese pasado reciente para la población alemana, reduciendo el contingente de los responsables del genocidio judío hasta casi quedar reducido a Hitler y a otros pocos dirigentes (hasta los nazis a lo sumo). Se ha intentado explicar incluso la conducta de Hitler y su política desde un punto de vista estrictamente médico,

---

3. "Orígenes y significado de la *Zeitgeschichte*: concepto, institucionalización y fuentes", en C. NAVAJAS ZUBELDIA (ed.), *Actas del II Simposio de Historia Actual*. Logroño, IER, 2000, pp. 317-330.

mediante un análisis clínico que atribuye a una mentalidad enferma unas conductas igualmente patológicas. Se ha rebuscado entre los rincones del régimen nazi para encontrar la otra Alemania, la resistencia, los alemanes no-nazis<sup>4</sup>. Se ha tratado de explicar el fascismo nazi desde una dimensión universal que afectó a otros países por igual, llegando incluso a especular (en un claro contrafactual) que esos países hubieran actuado de forma semejante con respecto a los judíos de haber llegado a gozar del poder militar que tuvo Alemania. Éstas son solo algunas muestras de una historiografía que ha ido suavizando el duro efecto de un período concreto de su historia sobre la memoria colectiva y que llega hasta el presente.

Todo ello revela al mismo tiempo dos de las características centrales de la historiografía alemana de los últimos 50 años. Por un lado, la impronta político-ideológica que ha caracterizado a los estudios sobre la historia reciente, en una medida notablemente mayor que en otros países<sup>5</sup>. Y por otro, la especial sensibilidad de la memoria presente de los alemanes hacia ese período, a pesar de los esfuerzos en contrario de la historiografía. Cuando se iniciaba una fase bastante esperanzadora en el camino hacia la reconciliación definitiva con el pasado (ficticia, en realidad, pues se basaba en un olvido voluntario, conscientemente construido) gracias a la reunificación, Goldhagen ha puesto el dedo en la llaga. Mis aseveraciones iniciales sobre la calidad interna de la obra –primera parte de su éxito– se confirman en que no cualquier obra hubiera provocado una conmoción tan grande, pues habría sido fácilmente contrarrestada. La obra de Goldhagen centró de inmediato la atención de los historiadores alemanes, que lanzaron duros ataques a su tesis. Más allá de los aspectos concretos, donde incluso la tesis de Goldhagen es rebatible y presenta –como todo trabajo– sus puntos débiles, la causa de aunar ese ataque tan generalizado se explica únicamente a la luz del contexto señalado.

---

4. La auténtica psicosis colectiva vivida en la Alemania de postguerra a causa del nazismo y las preocupaciones de población y dirigentes por buscar un criterio claro que permitiera segregar a los nazis del resto de la nación queda irónicamente reflejada en el popular *Der Fragebogen* (El Cuestionario) de Ernst VON SALOMON. Allí se menciona el listado cuidadosamente seleccionado de cuestiones a las que los alemanes debían responder. En función de esas respuestas podía determinarse quiénes estaban manchados por el nazismo y quiénes no y de esa forma llevar a cabo el concienzudo programa de desnazificación en el que Alemania se había embarcado con ahinco después de la Guerra (y que von Salomon parodia en su cínica indiferencia hacia la cuestión de la culpabilidad y el arrepentimiento de postguerra).

5. A este respecto vid. Geoff ELEY, *From unification to nazism. Reinterpreting the German past*. Londres/Nueva York, Routledge, 1992.



Lo que Goldhagen ha conseguido principalmente es:

- Primero de todo, *cuestionar el carácter excepcional del período nazi y de sus acciones contra los judíos* que pertenecen a una mentalidad arraigada en Alemania desde mucho tiempo antes. Esto es algo que deben aceptar los alemanes como parte de su historia. La peculiar historia alemana (*Sonderweg*) y no el azar explica que un partido de declarado y profundo carácter antisemita subiera al poder.

- Segundo: hacer vano el esfuerzo de tantos historiadores por reducir el contingente de los causantes del genocidio judío hasta una minoría no representativa del conjunto de la Nación. Según su tesis, *millones de alemanes corrientes colaboraron (voluntaria –e incluso gustosamente–) con los nazis e hicieron posible el Holocausto*. Ya no son unos pocos los que tienen que reconciliarse con ese hecho, sino toda Alemania con muchos alemanes.

- Tercero : revertir toda una línea de interpretación arraigada en la literatura sobre el Holocausto al asegurar que *la colaboración de tantos alemanes fue voluntaria y no fruto del temor impuesto por un régimen totalitario de corte fascista o del cumplimiento marcial en tiempos de guerra de unas ordenes militares*. La repulsa moral por los judíos y su condición de seres depravados, peligrosos, dañinos y carentes de una naturaleza y unos derechos humanos (y no la coacción o el temor a represalias) hizo posible acatar semejantes ordenes.

- Cuarto: poner en tela de juicio una hipótesis a la que cada vez se ha concedido mayor valor para explicar múltiples aspectos relacionados con Hitler y su política: *Los estados mentales perturbados de Hitler no explican sus medidas contra los judíos, que responden a un plan medido y calculado de su exterminio, el cual se fue perpetrando a medida que las condiciones exteriores lo hicieron posible*.

- Quinto: otro argumento de peso en la táctica historiográfica de amortiguar el efecto de la política nazi sobre el conjunto de la población queda desmentido. *La sociedad alemana no ignoraba la naturaleza del Holocausto*. No se puede aducir desconocimiento en todas aquellas piezas intermediarias que componían la gigantesca máquina de matar. De nuevo su mentalidad antisemita y su deseo eliminador de los judíos permite explicar que, aun conociendo esos propósitos del Estado nazi, los alemanes corrientes colaboraran activamente para su logro.

¿Cómo puede recibirse un estudio serio y documentado que atenta directamente contra toda una serie de interpretaciones sobre la historia reciente alemana largamente elaboradas por la historiografía y generalmente aceptadas? ¿Qué sucederá si, además, el centro de ese estudio es el punto más oscuro de la historia alemana, la circunstancia de su pasado con la que peor y más deficientemente se han reconciliado hasta hoy? ¿Qué sucederá? Sucederá la polémica Goldhagen: una nueva muestra, la más evidente, de que Alemania no ha logrado aún distanciarse de su pasado, conciliarse con su Historia reciente (en la que unos quieren olvidar y otros que no se olvide). La Historia del Tiempo Presente, la Memoria, el concepto generacional, y muchas de sus dificultades más destacadas, afloran aquí. Goldhagen nos ha ofrecido cuando menos un magnífico caso de estudio para reflexionar, más aún que sobre el Holocausto, sobre la Historia del Tiempo Presente y particularmente con las dificultades inherentes a su desarrollo en la Alemania actual<sup>6</sup>.

### **3. El debate Goldhagen y la globalización de la Historia del Presente**

#### ***3.1. Primera etapa: mediático-anglosajona***

Un buen punto de arranque para realizar una breve radiografía de la denominada "controversia Goldhagen" es la presentación que el propio autor hace de su libro en *The New York Times* (NYT) el domingo 17 de marzo de 1996. Bajo el provocativo título de "People's Holocaust", Goldhagen expone las líneas centrales de su trabajo. Los expedientes sobre los interrogatorios realizados por las autoridades de la Alemania del Oeste tras la guerra a miles de asesinos no han sido utilizados por los investigadores más que parcialmente, ya que no se encuentran depositados en los archivos históricos, sino dispersos por el sistema judicial. De su exhaustivo análisis se deriva "una nueva interpretación del Holocausto y un nuevo retrato de los alemanes que mataron judíos" (son palabras de Goldhagen)<sup>7</sup>. En primer lugar, el número

---

6. En ese contexto, aunque de una forma muy parcial, ubica la polémica María Inés MUDROVICIC en su artículo "Algunas consideraciones epistemológicas para una Historia del Presente", en *Hispania Nova* ([Http://hispanianova.rediris.es/0306](http://hispanianova.rediris.es/0306)), 5/05/00.

7. En la campaña publicitaria del libro el editor llegaba a asegurar que, a la luz de su contenido, podría reescribirse completamente la historia del Holocausto.



de alemanes implicados directamente en el genocidio fue muy superior al que la gente piensa (aunque es difícil de calcular, está claro que más de 100.000 alemanes ayudaron a exterminar, desde distintas instituciones, a los judíos europeos). Muchos otros alemanes apoyaron la persecución y exterminio judío y lo hicieron así por que "el antisemitismo estaba profundamente enraizado en la cultura alemana". En segundo lugar, el antisemitismo de los asesinos explica el "entusiasmo" con que actuaron y la brutalidad con que torturaron a sus víctimas (muchos exhibieron su orgullo tomando fotografías de lo que hacían a

los judíos, por ejemplo). En tercer lugar, "los alemanes que mataron judíos podrían haberse negado sin ningún riesgo de castigo o de muerte para ellos". Ningún alemán fue forzado a hacerlo. Nadie cree que cuando los Serbios asesinan a los musulmanes de Bosnia, los Hutus a los Tutsis en Ruanda o los Turcos a los Armenios lo hagan contra su voluntad. Solamente lo pensamos al considerar el caso alemán, lo cual es extraño porque hay muchas pruebas de que si el Holocausto ocurrió fue porque "un enorme número de alemanes corrientes se había convertido en *ejecutores voluntarios* (willing executioners) de Hitler". Si el Presidente de una Alemania hoy totalmente transformada y democrática ha podido tras 50 años hablar de la verdad del Holocausto, de que los sentimientos antisemitas que inspiraron a Hitler inspiraron también a una buena parte de los alemanes durante el período nazi, el resto del mundo debería ser capaz de hacer lo mismo<sup>8</sup>.

8. Hay que aclarar que para cierto sector de especialistas las ideas de Goldhagen, aisladamente consideradas, no podían resultar sorprendentes, pues ya las había manifestado en 1992 en su recensión de la obra de Ch. BROWNING, *Ordinary Men. Police Reserve Battalion 101 and the Final Solution in Poland*. Si bien estaba de acuerdo en su pionera tesis de que fueron alemanes corrientes (y no sólo las SS) quienes participaron activamente en el Holocausto, ya entonces señala las consecuencias que se podían derivar de tal afirmación y a las que su autor no había sabido llegar: actuación voluntaria, barbarismo voluntario, singular y profundamente enraizado racismo anti-semita de los alemanes, ausencia de castigos por negarse a matar judíos..., son algunas de las ideas que vierte Goldhagen en ese texto (*The New Republic*, 13/20, pp. 49-52).

De esta forma tan concisa y clara adelantaba Goldhagen a sus potenciales lectores el contenido del libro. Como se puede apreciar, junto a las tesis estrictamente doctrinales hay una serie de aspectos que van a alimentar la polémica posterior. Me refiero no sólo a su claro tono provocativo (lógico si se trata de captar el interés sobre un producto, y no olvidemos que los hechos se sitúan en EE.UU. y que estamos en la edición dominical de un gigante de los *mass media*) o la contundencia con que asevera sus logros, que él mismo eleva a la categoría de novedosos, sino a la comparación con genocidios actuales o a su alusión final a la necesidad de que una Alemania democrática reconozca por fin la verdad (la de Goldhagen, claro) sobre su pasado. Éste era un cóctel que no podía tardar en estallar.

Sin embargo, la primeras reseñas sobre la obra de Goldhagen aparecidas en la prensa, rubricadas por periodistas (especialmente desde el NYT), no iban a ser tan negativas como lo serán los juicios de los historiadores profesionales. Así, en el londinense *Sunday Times* (ST) se la califica de "logro monumental". ¿Cuál? La temprana reseña firmada para este medio por Robert Harris lleva un significativo título: "La horrible verdad" (24/III/1996), que no es otra que el hecho de que quienes llevaron a cabo el exterminio judío eran una muestra representativa de la sociedad del III Reich y, en consecuencia, de los alemanes. O como se puede leer en la carta de un lector dirigida a este mismo semanario días más tarde, lo que parece agrandar al público británico del libro de Goldhagen es la idea de "compartir la responsabilidad" (28/IV/96). Y desde *The New York Times* Richard Bernstein no dudará en calificar de "magistral y poderosamente argumentado" el trabajo de Goldhagen o de considerarlo "el más amplio estudio realizado hasta ahora sobre los perpetradores del genocidio". Y no se le escapa al periodista que un libro que sostiene "que el Holocausto fue un reflejo de la especial iniquidad inserta en la cultura y en el pueblo alemán" vaya a provocar, sin duda, mucho debate y algunas protestas (27/III/1996). Lo cierto es que de momento va a despertar más protestas que otra cosa. Pero, ¿cuáles van a ser las cuestiones a criticar o los puntos a debatir, es decir, qué es lo que desató la ira de los eruditos sobre Goldhagen?

La muestra bien puede comenzar por la reseña que *The Washington Post* (WP) encargó al prestigioso historiador británico Paul Johnson y que apareció publicada el domingo 24 de marzo bajo el descriptivo título de "Una epidemia de odio" (*An epidemic of hatred*). Johnson presenta una enmienda a la totalidad, comenzando por el enfoque sociológico adoptado por Goldhagen que aísla el fenómeno de su con-

texto histórico, del período de violencia que se vive en toda Europa. Richard Cohen escribirá poco después que la obra de Goldhagen es "peligrosamente ahistórica" y que carece de "perspectiva histórica" (WP, 2/IV/1996) y, más tarde, la práctica totalidad de los historiadores insistirán en las lagunas históricas de todo tipo presentes en la obra, desde los episodios referidos al antisemitismo del siglo XIX hasta el olvido de períodos claves, como la República de Weimar, o hechos que contradicen sus hipótesis, como los altos índices de nupcialidad entre judíos y alemanes registrados en los años previos a la II Guerra Mundial, que muestran un grado de integración superior a otros países del entorno (y que, por lo tanto, cuestionan seriamente el acendrado antisemitismo permanente en la sociedad alemana).

El otro aspecto destacado del texto de Jonhson es su insistencia en que, como bien saben los historiadores, mucha gente en ciertas circunstancias es capaz de genocidio y cita en concreto la "maquinaria asesina" de Stalin. Se trata, en definitiva, de evitar caer con Goldhagen en la idea de que el Holocausto es un evento único. El punto es polémico ya que existe una gran sensibilidad al respecto en el mundo hebreo, tal y como se pone de manifiesto en algunas cartas enviadas a la prensa asegurando que no se puede clasificar al Holocausto simplemente como otro genocidio porque nunca antes un Estado moderno se dio a una guerra racial contra toda una gente (WP, 14/04/1996). Sin paralelo histórico. La tradición judía ha sacralizado el Holocausto y a sus víctimas y ello refleja el poder de los judíos en la sociedad actual (lobby judío), siendo silenciadas otras matanzas<sup>9</sup>. Sin embargo, Richard Cohen afirmaría en el WP que el genocidio es el trabajo ordinario de gente ordinaria. Su extendida presencia en la historia reciente del mundo es para él la demostración de que mucha gente es capaz de genocidio (02/IV796).

Esta línea de debate acaba deslizándose hasta argumentos *ad hominem*, donde el pasado de Goldhagen como refugiado judío lleva a descalificar su obra a priori como "apasionada", "colérica" o "vengativa". ¿Es relevante que sea hijo de un

---

9. Creo que es significativo que solo un año antes se anunciaba en la prensa con cierto escándalo el hecho de que se destruyeran 6.000 ejemplares de una obra que investigaba el papel de los judíos en los campos de internamiento en Polonia tras la Guerra. El libro del periodista norteamericano que iba a publicar el editor alemán Piper llevaba por título: "Ojo por ojo: la historia no contada de la venganza judía sobre los alemanes en 1945" (WP, 15/II/1995). Parece evidente que si el judío es el pueblo de la memoria no deja, como otros tantos pueblos, de ejercerla de forma selectiva, en su caso perpetuando una visión de la historia en la que juegan el papel de víctimas por excelencia.

superviviente judío –se le llega a preguntar–? Recordemos que su padre, Eric, es un judío del ghetto de Czernowitz (Rumanía) liberado por soldados soviéticos al final de la guerra. La familia viajaría a Alemania, Canadá y finalmente EE.UU., donde Eric Goldhagen impartirá en Harvard un curso sobre el Holocausto. La respuesta de Daniel Goldhagen es que el debate "es sobre mi libro, no sobre mí". Los antecedentes del autor no son relevantes para el debate y de hecho él se siente muy distante del objeto estudiado. Su padre siempre le habló del Holocausto como "scholar", nunca como sobreviviente (WP, 25/IV/96)<sup>10</sup>.

En una línea similar podemos interpretar algunas críticas que insisten en que los nazis también mataron homosexuales, polacos, etc., aunque Goldhagen piensa que ni los alemanes hubieran acatado las ordenes de la misma forma si hubiera sido para matar daneses, ni otros pueblos podían haber matado a los judíos de igual modo. Es decir, que en la ecuación los dos ingredientes claves son: alemanes como únicos capaces de actuar así y judíos como único grupo contra quienes su antisemitismo les predispone a actuar al margen de la moral por no ser siquiera seres humanos: de ahí la afirmación exasperante para parte de la crítica de Goldhagen: *no Germans, no Holocausts*. (A caballo entre el futuro y el determinismo histórico).

Johnson precisamente intenta mitigar los efectos de la contundente afirmación de Goldhagen en la medida en que considera que éste atribuye una excesiva culpa a los alemanes (mientras en una carta al WP se recuerda que la nación alemana siempre será considerada responsable de esa aberración; 14/IV). En el mismo sentido debe entenderse que Johnson señale que en Austria, por ejemplo, había más antisemitas que en Alemania. Esta inicial embestida "académica" contra Goldhagen generó la primera contestación del autor, que poco menos que afirma que Johnson se ha ido por los cerros de Úbeda y no ha cumplido con los objetivos elementales de un buen *reviewer* informando sobre el contenido del libro (si luego Goldhagen hablará de la mala interpretación de su texto y de las acusaciones personales<sup>11</sup>, de momento se queda en algo tan cierto como que hasta ahora nadie había entrado a

---

10. En el curso de este largo artículo-entrevista se llega a relacionar el caso de Goldhagen con el de los "Niños del Holocausto" estudiado por Helen Epstein, que de acuerdo con diversos informes de psiquiatras portaban el mismo sentimiento de "culpabilidad de sobrevivientes" padecido por sus padres.

11. Vid. *Motives, Causes, and Alibis: A Reply to my Critics*, en <http://www.goldhagen.com>.

discutir en profundidad su tesis). Pero con esta primera salida a la escena pública el debate estaba servido.

No iba a tardar, sin embargo, en tener una primera ocasión de debate directo con los expertos en el tema. Para comienzos de abril ya se había organizado en el *Holocaust Memorial Museum* un primer debate sobre la obra de Goldhagen (en realidad todo un Simposio impulsado por el Instituto de Investigación sobre el Holocausto). Como sucederá en su gira alemana posteriormente, cientos de personas acuden a la cita mostrando el interés despertado por lo que la prensa neoyorkina denominaba en esos días "una desafiante visión del holocausto" (NYT, 01/IV/1996). Y lo era básicamente porque acababa con la idea tradicional de que fueron "alemanes siguiendo ordenes de forma ciega o por la coerción de sus superiores" quienes mataron judíos. Frente a ello, en las páginas de los diarios encontramos expresiones como "ansiosa participación en la carnicería", "matar con ilusión", "brutalidad innecesaria"... hasta el punto de preguntarse si la teoría de Goldhagen era una desagradable verdad o una difamación<sup>12</sup>. Goldhagen seguía apareciendo en los medios para insistir en que los alemanes podían haber dicho no al asesinato masivo, pero dijeron sí. Ya no se habla tampoco de Hitler, ni de la elite política o militar, sino de Alemanes (*Germans*) y nada más que alemanes. A la prensa y al público, quizá menos escrupulosos que el mundo académico, les parecía que las tesis de Goldhagen, al margen de otras cuestiones, ayudaban a comprender ciertas cosas, tales como por qué tan pocos alemanes protestaron ante la organizada barbarie de su gobierno, y en consecuencia seguían considerando el espectacular éxito de ventas del libro de Goldhagen como "bien merecido" (Colman McCarthy, WP, 16/IV/1996).

Y éste es un sino que se repetirá en la segunda fase de la polémica al otro lado del atlántico (incluida Alemania): oposición generalizada del mundo académico en contraste con una excelente acogida popular. Algo que no hará sino reforzarse con los debates públicos sostenidos entre Goldhagen y los denominados *scholars* que ponían el grito en el cielo mientras la prensa hablaba de una "insurrección académica" en referencia a las ideas de Goldhagen (que se autoproclamaba como un radical y que se consideraba merecedor ya de un lugar de honor entre los grandes "popes" de la Historiografía del Holocausto). Esa actitud "brabucona" de

---

12. Marc FISHER, "The German Question. Is this Holocaust Theory an ugly truth - or a blood libel?", *The Washington Post* (25/IV/1996).

Goldhagen no hizo sino atizar un fuego ya demasiado vivo. Así en el debate de Washington, iniciado el lunes 8 a las cuatro y media de la tarde, Konrad Kwiet (US Holocaust Research Institute) le acusará de "sensacionalismo" con el fin de llegar a un público más amplio y de impulsar el mercado editorial del libro<sup>13</sup>. Tampoco acepta esa especie de "malvado carácter nacional" que Goldhagen imputa a los alemanes (algo cuasi-genético que le valdrá el calificativo de "racista" en Alemania), pero sobre todo plantea dos cuestiones esenciales. El antisemitismo eliminador no explica por qué los alemanes aprobaron también el exterminio de gitanos, homosexuales o discapacitados. Y, resulta contradictorio sostener semejante secular carácter de un pueblo y a la vez su inmediata desaparición tras la Guerra para convertir a Alemania en una democracia ejemplar, como hace Goldhagen.

Una duda, ésta última, que comparte el prestigioso Yehuda Bauer, profesor de la *Hebrew University of Jerusalem*. También ambos coinciden en señalar que Goldhagen ni utiliza nuevas fuentes (las toma de Browning y el resto son básicamente secundarias), ni sus argumentos son novedosos sino, en palabras de Bauer, "un Sonderweg recalentado". Lo cual resulta más irritante para ellos por la arrogancia de Goldhagen y el menosprecio hacia las aportaciones previas sobre el estudio del Holocausto. A partir de ahí la principal crítica de Bauer fue la falta de trabajo comparativo de Goldhagen, algo lógico si se tiene en cuenta que no conoce el idioma de trabajos claves escritos en polaco o hebreo (afirma incluso la probable copia que Goldhagen hace de una fuente checa por él utilizada), ni tiene en cuenta el antisemitismo de otros lugares como Rumanía o la propia Francia. De todo ello concluye en su asombro de que en Harvard se le haya concedido un doctorado por semejante trabajo.

El tercer comentarista de la obra, Christofer Browning, como buen conocedor de las fuentes utilizadas por Goldhagen, no solo reitera su falta de novedad, sino que además adelanta una crítica esencial sobre su metodología: rechaza aquellos testimonios de alemanes perpetradores que expresan sus reservas o remordimientos y que van en contra de sus conclusiones preformuladas (Goldhagen los minusvalora alegando que lo dicen por ganarse la clemencia judicial). Además, no distingue entre quienes aceptan un antisemitismo en el plano social y los planes para

---

13. En varias ocasiones del debate aparece la idea de que Goldhagen ha dado bombo al Holocausto, hasta el punto de que las respuestas de sus críticos reunidas por LITTELL en 1997 se titulan justamente así: *Hyping the Holocaust*.



el asesinato masivo. Tampoco tiene en cuenta a los no-alemanes (p.e. luxemburgueses) que participaron bis a bis en esas matanzas, ni las condiciones específicas y las presiones. Es decir, opera fuera del contexto histórico, lo ignora para poder fundamentar su teoría simplista de la monocausalidad del Holocausto<sup>14</sup>.

### ***3.2. Etapa mediático-alemana: críticos dolidos a la espera de una traducción***

La controversia desatada por la obra de Goldhagen no iba a tardar en cruzar el charco. El hecho de que el debate se librara desde sus orígenes en los medios de comunicación (y en el ciberespacio) hacían posible la rápida internacionalización del debate. De este modo, en la segunda semana de abril la polémica se instala en Alemania. La voz de alarma procederá de *Die Zeit*, que el día 12 de abril publica algunos extractos de la obra de Goldhagen en un Dossier de 4 páginas (incluidos fragmentos de las reseñas de Johnson o Gordon Craig) al frente del cual aparece un artículo de uno de sus redactores, Volker Ullrich, bajo el título "Hitlers willige Mordgesellen".



14. Resumen en NYT y en H-Net list on German History (11-04-1996) por María MITCHELL, del *American Institute for Contemporary German Studies* (<http://www2.h-net.msu.edu/~german/>).

Para Volker la obra de Goldhagen responde a una provocación que hay que ubicar dentro de la historiografía alemana contemporánea y concretamente como un peldaño más de las batallas desatadas por Fisher en los años 60 o por Habermas en los 80. A la provocación se suma el pretencioso intento del autor de dar una respuesta definitiva a cómo pudo ocurrir el Holocausto y por qué justamente en Alemania. Para ello centra su atención no en las víctimas, sino en los perpetradores y les atribuye un "eliminationist mindset" como móvil fundamental de sus acciones. El problema añadido es la actitud que adopta el autor para evaluar estos hechos, ya que se encuentra más cercana a la de un fiscal que a la de un historiador. A pesar de todas las objeciones posibles, Volker reconoce que la investigación de Goldhagen sobre el tema supera anteriores estudios en profundidad y amplitud, por lo cual estamos ante un libro muy importante. Con todo, la novedad más destacada desde el punto de vista de la crítica (las ideas anteriores ya las habíamos podido leer aquí y allá en los diarios norteamericanos) es la opinión de que en el fondo la obra de Goldhagen expresa un malestar de muchos americanos hacia la reunificación alemana. Se inicia así el énfasis en los factores externos y globales, casi de política y/o estrategia internacional, que el periódico de izquierda liberal *Frankfurter Rundschau* todavía hace más negativo en su crítica, al aludir al control judío de los medios de comunicación o al judaísmo de los periodistas norteamericanos que han lanzado la obra de Goldhagen, causa a la que se atribuye la buena recepción del libro en Estados Unidos (12/IV).

A partir de ahí se da entre la crítica alemana lo que desde Washington se denomina un "aullido colectivo de protesta" (Rick Attkinson, WP, 25/IV/96). En el *Süddeutsche Zeitung* de Munich el día 14 de abril Josef Joffe explica el hecho de que los censores de Goldhagen se hayan perdido en insinuaciones despectivas *ad hominem*, lo cual a su vez es muestra inequívoca de que el autor ha pellizcado un nervio absolutamente central para mucha gente (sugiere que Freud hubiera disfrutado ante este fenómeno de reacción ante complejos reprimidos –*Verdrängungsreaktion*–). Se alternan los comentarios que insisten en la idea de que Goldhagen expone "viejas tesis bajo nuevas vestimentas" (Matthias Arning), juicio que comparte Mariam Niroumand desde el izquierdista *Tageszeitung*: simplemente ha reciclado un material de los años 40 y 50 y le ha dado bombo presentándolo bajo una nueva forma estilo Pulp Fiction (14/IV/96, por esa razón no cree que vaya a generarse ninguna *Historikerstreit*).

Tampoco la prensa conservadora le dispensa una mejor acogida y Frank Schmirrmacher en el *Frankfurter Allgemeine* asegura que la obra tiene poco que ver con el rigor académico y las pruebas documentales (15/IV). A partir de ahí, los comentarios van a ser cada vez más duros y casi siempre relacionados con el rechazo a la idea de una culpa colectiva que se deriva de la afirmación de que los alemanes querían asesinar a los judíos, tal y como indican el *Berliner Zeitung* (15/IV) o *Die Welt*, que también incide en la idea de que es todo el pueblo alemán o, como dice Manfred Rowold, Goldhagen eleva el antisemitismo eliminador al rango de identidad nacional (17/IV). El cenit llega con el artículo de Rudolf Augstein en *Der Spiegel* que titula "El sociólogo como ejecutor" y atribuye a Goldhagen, más que ignorancia, malicia al acusar a todos los alemanes de asesinatos (15/IV). El remate de esta sensibilidad viene dada por la reacción desde la esfera política. El Ministro de Asuntos Exteriores alemán, Klaus Kinkel, sostuvo en el Congreso Judío celebrado en mayo que los alemanes no iban a seguir llevando a sus espaldas por más tiempo la culpa por las atrocidades de la época de la guerra (ST, 09/IV/96).

Podría seguir el repaso de artículos hasta el aburrimiento porque la prensa alemana se llena de comentarios en la línea indicada. Lo que interesa es captar el tono y los argumentos principales para caracterizar la controversia en esta fase. Desde el punto de vista del contenido resultan de especial interés los textos que va ir publicando *Die Zeit* (DZ) de la mano de los más prestigiosos autores de la historiografía alemana, algunas de cuyas posturas más tarde agrupadas en diferentes ediciones crearán escuela de alguna forma<sup>15</sup>. Un autor importante en ese sentido es Schoeps, que tilda de absurda la idea de achacar a todos (casi, matiza) los alemanes la culpa del genocidio, algo ya formulado en 1945. En realidad lo que le da medio siglo después un nuevo auge es la forma tan irritante y provocativa en que Goldhagen la presenta, llegando en algunos relatos concretos hasta el límite de lo soportable<sup>16</sup>. Y ésa es al mismo tiempo la debilidad y forta-

---

15. Por ejemplo, Julius H. SCHOEPS (ed.), *Ein Volk von Mörder? Die Dokumentation Zur Goldhagen Controverse um die Rolle der Deutschen im Holocaust*. Hamburgo, 1996, que recopila los artículos de prensa más significativos (algunos de los utilizados en este texto); R. R. SHANDDLEY (ed.), *Unwilling Germans?: the Goldhagen debate*. Minneapolis, 1998 y, en castellano, Federico FINCHELSTEIN (ed.), *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*. Eudeba, Buenos Aires, 1999.

16. Incluso se ha hablado de una pornografía del horror (cfr. J. KÖHLER, "¿Alemanes corrien-

leza de la obra para el autor, porque semejantes afirmaciones obligan a la reflexión y la crítica (DZ, 26/IV/96).

Otra opinión influyente es la de Hans-Ulrich Wehler, el padre espiritual de la historiografía social alemana (Escuela de Beliefeld) y primer teórico del camino propio de la historia alemana (*Sonderweg*). Wehler confronta la parte histórica del estudio de Goldhagen con las investigaciones de los más importantes historiadores que contradicen sus datos y explica su rechazo sistemático porque un planteamiento tan reduccionista no puede hacer frente a esa información. El desconocimiento por parte de la opinión pública de los avances científicos en este campo es en su opinión la causa del clamor popular por esta obra. Y, finalmente, considera que la politización del debate se debe a que se han amparado en las tesis de Goldhagen para desatar ciertos prejuicios y resentimientos como plataforma mediática, lo cual es signo de su irresponsabilidad (DZ, 14/V/96). Con este sentimiento enlaza Hans Mommsen, quien realiza una rigurosa crítica de todos los factores sociopolíticos claves que Goldhagen elimina del panorama de análisis para quedarse solo con lo racial. Además, le imputa haber dado un salto desde la complicidad hasta la ejecución complaciente que en nada puede ayudar a la reconciliación desde el presente con el pasado. Por eso, su veredicto final es que el autor realiza una provocación consciente que alcanza eco únicamente por el peso que aún tiene en la memoria colectiva el exterminio judío, pero no por la calidad del libro (que ni es novedoso, ni sólido documentalmente). (DZ, 30/IX/96).

A esta altura del debate el círculo se cierra y ya el diálogo se establece entre ambas orillas del Atlántico. Como mejor ejemplo, tomaré la "Carta" que Marion Gräfflin Dönhof escribe desde *Die Zeit* a *The New York Times* en respuesta a la recensión previa de Gordon Craig. Así, se unen en un mismo foro los dos principales medios difusores de la polémica. Gräfflin no acaba de entender cómo desde América se puede coincidir con el "corto circuito mental de Goldhagen". Lo destacado de esta crítica, más que confirmar ese doble tono (uno a favor y otro más negativo) que acaba enfrentando las dos fases del debate, es que Gräfflin apunta que resulta ilegítimo concebir el nacionalsocialismo como una actitud específica del antisemitismo

---

tes?", en *Revista de Libros*, núm.10, octubre 1997. No creo, sin embargo, que Goldhagen haya causado tanto impacto por su relato sobre unos hechos que ya han sido difundidos en su máxima crueldad en fotografía y video (vid., por ejemplo, VV.AA., *La deportación. El horror de los campos de concentración*. Barcelona, 1996).

alemán que convierte el exterminio judío en un proyecto nacional. Craig se defiende argumentando que, pese a las exageraciones y dogmatismo de Goldhagen, la obra merece la pena porque obliga y estimula la investigación sobre los puntos más atroces e incomprensibles del Holocausto. (Un logro que parecen reconocerle hasta los más críticos en Alemania y, por tanto, el valor del libro se centra de nuevo más en lo externo que en el contenido, que todos infravaloran en general)<sup>17</sup>.

### ***3.3. Etapa de la traducción alemana: el triunfo popular de Goldhagen***

Tras una larga espera y ante las expectativas creadas por el intenso debate mediático, quedaba por conocer la opinión del público alemán, que como sucediera en Estados Unidos, si no más, estará del lado de Goldhagen. Pero lo mediático no se va a detener. El joven harvardiano realiza una gira triunfal por las principales ciudades alemanas donde encuentra una masiva respuesta popular<sup>18</sup>. Cuando el debate se lleva hasta la televisión, el bien parecido y hábil orador que es Goldhagen ensombrece a los grandes (y bastante mayores ya) historiadores alemanes: definitivamente el terreno donde se libra esta nueva batalla de los historiadores, a diferencia de las precedentes, es en el de los medios y la opinión pública de masas, y aquí Goldhagen no tiene parangón. Ya no es sólo la validez académica de lo que se dice un símbolo de excelencia o un ingrediente esencial del texto. La capacidad de formular y comunicar, de presentar las ideas de forma directa, atractiva y convincente resulta crucial.

Dado lo inabordable de cualquiera de estas fases, tomaré un nuevo ejemplo. La sutil y metodológicamente impecable crítica –a mi parecer– que plantea en el debate de Hamburgo Jan Philip Reenstma, esto es, el paso injustificado desde las

---

17. Hasta el punto de que Gavriel D. ROSENFELD afirma que no existió un debate historiográfico real porque nadie estuvo del lado de Goldhagen (se quedó absolutamente solo ante la crítica –académica, se entiende–). Véase su exhaustivo análisis en "The Controversy That Isn't: The Debate over Daniel J. Goldhagen's *Hitler's Willing Executioners* in Comparative perspective", en *Contemporary European History*, Cambridge University Press, 8/2, 1999, pp. 249-273.

18. Su "triumfal tour" por cinco ciudades con entradas de unas 1.500 pts. de entonces (15 marcos) tuvo como hitos el Kammerspiele Theater de Hamburgo (con 700 asistentes y 300 que esperaron fuera), la Frankfurt Opera House (donde los que no lograron entrada casi destrozan el vestíbulo del Teatro), las largas colas en Berlín con millares de personas esperando o los 2.000 asientos de la Philharmonic en Munich (el lugar más grande que a última hora pudieron encontrar los organizadores). Vid. el relato de Amos ELON en "The antagonist as Liberator" (NYT, 26/1/1997).

ideas (las mentalidades) a la acción, del antisemitismo al genocidio, es algo que no es demostrable. La teoría de la Historia reconoce las relaciones teoría-praxis como algo complejo y difícil de constatar. A cambio de estos sutiles problemas metodológicos que todo investigador debe afrontar, Goldhagen ofrece de nuevo su guión tal y como lo había expuesto en anteriores ocasiones (y volvió a funcionar). En cinco puntos plantea cuestiones claves de interés general. Al público le gusta encontrar una sola respuesta que ayuda a comprender tantas incógnitas. Frente a ese caramelo no hay nada que hacer: los sesudos eruditos del Holocausto volvían a perder la batalla.

Sirva como ilustrativa anécdota (de lo anterior y de lo que sigue) ésta que cuenta una corresponsal del NYT en Berlín. Estaba recorriendo las estanterías de una librería cuando una señora elegantemente vestida entró y pidió cuatro copias del libro de Goldhagen. Parecía una cliente habitual. Mientras la librera envolvía los libros le dijo que compraba los libros para sus dos hijos y sus dos hijas casadas argumentando que "con tanta palabrería vana acerca de que ya estamos dispuestos a pasar página tras la reunificación resulta adecuado que el pasado esté de nuevo en las noticias y como una cuestión candente en todos las tertulias televisivas. Este Goldhagen es colosal". A lo que respondió la librera: "Sí, y es tan guapo y sincero. No soporto a esos viejos profesores quejosos que le atacan" (NYT, 26/I/97).



Con respecto a la traducción hay que señalar que se presenta un tanto suavizada. De entre todos los vocablos barajados hasta esa fecha y habituales en la prensa de los meses anteriores, tales como *Mord (gesellen)* –asesinos– o *Henker* –verdugos–, se elige una fórmula suave y bastante fiel al original inglés, *Vollstrecker* –ejecutores– (término que ya encontramos en *Die Zeit* y *Die Woche* el 19 de abril). También es cierto que en otros textos aún habían suavizado más la traducción utilizando el término *Hilfer* (colaboradores), pero

nótese igualmente que en otros países se van a preferir expresiones con mayor fuerza como *Verdugo*, *Burreaux* o *Carnefici*, que corresponden mejor con *Henker* o *Hangmen* (en el caso inglés). Es curioso que cuando se realice la traducción italiana se plantee la duda entre *Boia* (ejecutor) o *Carnefici* (verdugo) y se resalte que el primer término es más inocuo porque puede hacer pensar en un pacífico ejecutor testamentario, por ejemplo (*Corriere della Sera*, 13/IX/1996). Pero la operación de cosmética lingüística realizada en la traducción alemana va mucho más allá en sus sutilezas. Así, cuando se responde a la pregunta de quiénes aprobaron el genocidio, donde la versión inglesa decía una "enorme" mayoría de los alemanes, la traducción alemana prefiere una "gran" mayoría de los alemanes. O si se trata explicar la reacción de la clase dirigente hacia el exterminio se sustituye el original "calurosamente" por "buena disposición", lo cual obviamente atenúa notablemente el carácter real de la actitud que Goldhagen intenta transmitir.

Aunque no sabemos hasta qué punto esta forma de limar asperezas pudo favorecer la positiva recepción de la obra por parte del público alemán, lo cierto es que el broche de oro a esta gira triunfal de Goldhagen tendrá poco que ver con su libro en sí y bastante más con las batallas ideológicas en las que se hallaba inmersa la política interna en Alemania. Me refiero al "Premio a la democracia" que pocos meses después le concederá el prestigioso *Blätter Für Deutsche Und International Politik*. Este acto suponía a la vez el corolario a un proceso que se desarrolló siempre en los aledaños de lo estrictamente científico, académico o al debate de contenidos. Si en los 80 Habermas había salido a la palestra como reacción a los intentos del conservadurismo alemán de olvidar su pasado bajo la estrategia de la normalización, cuando Alemania camina hacia el futuro unificada el apoyo de la izquierda (nuevamente apadrinado por Habermas) al trabajo de Goldhagen representa un nuevo intento de evitar que bajo la democracia presente se olvide el pasado y que el neoconservadurismo se deslice hacia ciertas posturas nacionalistas. El discurso de Goldhagen para la ocasión, "Modelos de la República Federal: Historia Nacional, Democracia e Internacionalización en Alemania", pronunciado en Bonn el 10 de marzo de 1997, empieza precisamente parafraseando a Santayana: "aquellos que no pueden recordar su pasado están condenados a repetirlo". El resto está dedicado a explicar cómo aprende una nación de su historia. Las historias nacionales, advierte, no son simplemente la historia de un determinado país o nación, sino el marco dominante para entender esa historia y ahí resul-

ta más importante aún que cómo es escrita a nivel académico, cómo se presenta en la esfera pública, en los periódicos, la televisión, el cine o los libros escolares. En segundo lugar, considera que la historia nacional necesita de aportaciones exteriores que eviten la petrificación, mitologización e incluso los intentos de sanación de las tendencias nacionales y su resistencia a aceptar ciertas verdades elementales, que es justamente lo que ha sucedido en Alemania (hasta el punto de que sus explicaciones han sido cada vez menos plausibles para menos gente). Eso ocurre con el caso alemán, cuya historia se ha internacionalizado. Por último, Goldhagen piensa que la comprensión histórica y la democracia van unidas en la República Alemana. Así es como una nación aprende del pasado a construir una democracia para el futuro y en eso Alemania es un ejemplo para otras naciones, concluye, siendo el reconocimiento que a él mismo se le ha dado el mejor ejemplo de ello<sup>19</sup>.

### ***3.4. Etapa de difusión europea: la revisión académica del libro***

La fase alemana de la polémica tiene su continuación natural en Francia desde enero de 1997, cuando sale a la luz la traducción francesa de la obra, *Les Bourreaux volontaires de Hitler*<sup>20</sup>. Aunque ya en ningún otro lugar las ventas del libro alcanzarán los 400.000 ejemplares de USA o los 200.000 de Alemania, el interés suscitado en Francia queda patente en los 40.000 libros vendidos en menos de dos años. Antes ya de la edición, en octubre de 1996, el *Institut Historique Alemand* de París había organizado bajo la dirección de François Bédarida un debate en torno la obra. Desde este momento en el caso francés el protagonismo de los debates va a pertenecer a los historiadores. En la prensa *Le Figaro Littéraire* publica el 16 de enero una primera reseña y en el mismo mes aparecía un análisis de Philippe Burrin en la revista *L'Histoire*. A partir de ahí todos los foros y principales autores participarán en la controversia, desde franceses como Furet a extranjeros como Kershaw. Lo más destacable del caso francés es que el debate sirve para una reflexión propia sobre el período Vichy, que ha quedado también en la memoria reciente francesa como un período largo tiempo olvidado. E. Husson

---

19. El texto íntegro en <http://www.goldhagen.com>.

20. En esta ocasión no he realizado un estudio directo de las fuentes, sino que me he basado en el relato del autor francés que más se ha ocupado de la cuestión, Édouard HUSSON. Vid. "La controverse Goldhagen en France", en *Francia Forchungen zur westeuropäischen Geschichte*, Jan Thorbecke Verlag Sigmaringen 1999, Band 25/3, (1998), pp. 143-61.



llega a afirmar que "el síndrome Vichy", del colaboracionismo francés, "no está superado" y ése es el más claro "signo de un pasado no completamente asumido" (p. 147). Es decir, que el efecto Goldhagen sobre la Historia del Presente ha operado a una escala transnacional.

Ésa es la tónica de la controversia que llega a su segunda fase (pública) en Francia con la llegada de Goldhagen el 23 de enero para participar en un debate dirigido por el germanista Henri Ménudier. Como en Alemania, la respuesta popular fue espectacular. El ataque principal a Goldhagen consistió en tacharle de "germanóphobo visceral". Entre el público se le acusa de excusar a los franceses al decir que los judíos de su territorio sobrevivieron en el más alto porcentaje de Europa. Alfred Grosser incluso considera nociva la obra porque con ella se desea restablecer la culpabilidad colectiva alemana y con ello se perjudica la voluntad de Francia desde 1945 por reconciliarse con Alemania. Al margen de la reiteración de las críticas de contenido histórico presentes en el debate, quiero resaltar solo el punto esgrimido por Husson de que la obra de Goldhagen es una respuesta a "la nueva derecha alemana" (Zitelmann, Weissmann, etc.) que sostiene que "para volver a ser ella misma Alemania tiene que dejar de hablar de la Shoah" (p. 151).

Italia gozaría de una situación intermedia entre la lejanía en que queda la cuestión para España y la proximidad perceptible en el caso francés. La prensa italiana comenzó a debatir sobre la obra de Goldhagen desde su traducción al alemán y en su juicio se va a hacer notar la notable influencia que la cultura alemana tradicionalmente conserva sobre Italia, especialmente sobre la parte norte, donde además se conoce bien la lengua vecina. Lo que más se critica desde la prensa es la idea de la culpa colectiva (que por otro lado Goldhagen niega haber establecido). Para Alfredo Venturi el autor sacrifica la complejidad del fenómeno a una tesis fácil que es solo parte de la verdad (*Corriere della Sera*, 13/IX/96). Y más tarde desde el mismo periódico se verá la tesis de Goldhagen como algo no muy convincente y como un durísimo ataque contra el pueblo alemán. Además, resulta muy discutible la idea central de un antisemitismo permanente enraizado en la cultura alemana desde Lutero (10/II/97). Quizá la peculiaridad de la recepción mediática italiana sea la presencia de grandes expertos alemanes opuestos a Goldhagen, que sin duda van a contribuir a extender la opinión de que se trata de "una tesis absurda". De los historiadores que aportan su testimonio cabe mencionar a Nolte, que reafirma su tesis ya clásica de que es fundamental partir de una

situación de guerra para comprender el Holocausto (CS, 10/X/97) o al reputado biógrafo de Hitler Joquim Fest, para quien es absurdo calificar de verdugos a los alemanes, ya que el III Reich supone una ruptura histórica con el pasado. Bajo el Reich nada sucedía que no fuera decidido por Hitler (responsable primero y último de toda la política antijudía) (CS, 18/V/97). El extremo de esta tendencia a mitigar la participación de los alemanes corrientes en el Holocausto (es decir, todo lo contrario de lo que escribe Goldhagen, que pone el acento en la responsabilidad individual) queda reflejado en la postura de un intelectual de la "destra", Veneziani, quien se muestra convencido de que "la mayoría del pueblo no sabía lo que estaba ocurriendo en los campos" y que por lo tanto Goldhagen realiza una indebida extensión de la responsabilidad. El nazismo quedó reducido a una secta (CD, 13/IX/96).

En España, donde el debate en torno al Holocausto ocupa un lugar marginal dentro de la historiografía, la polémica no tuvo más eco que las reseñas del libro aparecidas a finales de 1997 (la edición española salió a la luz en octubre), y su tratamiento posterior en un par de revistas científicas. La distancia permite en el caso español realizar comentarios centrados en el libro en sí y de ahí que el tono sea más positivo que en otros países. En la prensa podemos leer la opinión de Ángel Viñas en *El Mundo* (2/XI/97). Para Viñas estamos ante una obra "esclarecedora" y en cualquier caso "necesaria". Lo destacable es su constatación de que existió un colaboracionismo masivo, tantas veces negado a nivel oficial en Alemania, y que además se caracterizó por el voluntarismo, es decir, que los alemanes corrientes no actuaron presionados por el miedo propio de un Estado de terror (nadie fue nunca represaliado por negarse a asesinar judíos). Dos días más tarde, en un artículo de opinión, Gabriel Albiac vuelve a tratar la cuestión mostrando su aquiescencia con la tesis de Goldhagen, especialmente por lo que respecta a que el Holocausto fue la obra colectiva de Alemania: No fue Hitler. Fue Alemania (tal y como titulaba su artículo; 04/XI/97). Algún lector protestaría después por considerar injusta esta tesis y para recordar a quienes desde diferentes frentes (políticos encarcelados, como Adenauer, miembros de la Iglesia católica, como el Obispo Gaalen, o intelectuales desterrados, como Thomas Mann, etc.) lucharon desde dentro contra el nazismo (16/XII/97). Este tipo de información es precisamente el que ha servido de bandera pública para hablar de la Alemania no-nazi (y que –como vemos– aún estaba vigente para algunas personas), pero que queda reducido a la mínima expresión frente a los numerosos testimonios en contrario aportados por Goldhagen.

Más matizado, pero de igual tono positivo fue el comentario que Santos Juliá le dedicó en *El País* (Babelia, 27/XII/97). Para Juliá ni la circularidad de los argumentos, ni la crueldad de la narración de los hechos, ni ciertas lagunas y sombras son suficientes para disuadir de la lectura de esta obra, que no es un simple producto de marketing. De hecho, su éxito radica en su contenido, en la triple explicación del Holocausto: la culpa individual, el antisemitismo eliminador y la toma del poder de Hitler y su designio exterminador. Y esa combinación de argumentos sí resulta original.

A caballo entre la recensión breve de prensa y el análisis detallado de las revistas científicas, apareció un texto de Jochen Köhler titulado "¿Alemanes corrientes?"<sup>21</sup>. Más crítico con algunas de las deficiencias del texto de Goldhagen (como la utilización parcial de las fuentes o su tratamiento selectivo), lo es especialmente con aquellas que se refieren al empleo de los modelos cognitivos como una especie de normas fijas, casi biológicas, a las que no puede escapar el individuo, que al quedar privado de libertad de acción quedaría también libre de culpabilidad (de responsabilidad como perpetradores). Junto a esa contradicción a la que se llega llevando los argumentos a su extremo, la otra crítica esencial que realiza Köhler se refiere a la universalización sociológica de hechos concretos, que pertenecen a individuos o grupos. Se pasa así desde ciertos alemanes corrientes no nazis a todos los alemanes (Goldhagen se desliza en el propio uso de los términos y en algunos pasajes escribe directamente "Germans")<sup>22</sup>. Junto a estos puntos (y otros ya conocidos, como el uso parcial de las fuentes, por ejemplo), Köhler aporta una información a mi juicio clave para explicar el éxito de Goldhagen en Alemania: la llegada del tiempo de una generación de alemanes (los nietos de los perpetradores) que desean asumir definitivamente su historia reciente. Esa gente joven está cansada de las explicaciones estructuralistas que centran su atención en Hitler, la Guerra, las circunstancias, etc.

---

21. *Revista de libros*, 10, octubre 1997, pp. 7-12. Se trata en realidad de una triple recensión de documentos recientes sobre el Holocausto: los diarios de Victor Klemperer (1995), la exposición sobre los crímenes de guerra de la Wehrmacht (entre 1995 y 1997) y la obra de Goldhagen, cuyo denominador común fue el haberse visto inmersos en una espectacular oleada de atención por la historia reciente en Alemania.

22. Sobre estas modificaciones léxicas a lo largo del libro que llevan a la confusión entre "perpetrators", "nazis", "German" o "The German", vid. V. R. BERGHAIN, "The road to extermination" (NYT, 14/IV/96).

Finalmente, aunque con menos fuerza (en cantidad) que en otras latitudes, se da en España una fase de estudios rigurosos sobre el contenido y el debate historiográfico, de todo lo cual son una buena muestra el artículo de Javier Moreno Luzón en *Historia y Política* o el trabajo de Francesc Vilanova en *Ayer*<sup>23</sup>, que pone el acento en el papel del debate Goldhagen dentro del más amplio contexto de la historiografía alemana contemporánea. Como trabajo monográfico fruto del interés en España por este debate cabría mencionar la rápida publicación de una parte de los artículos aparecidos en *Die Zeit* en 1996 bajo el título *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, aunque la edición descuida una serie de circunstancias que me parecen relevantes<sup>24</sup>.

### **3.5. Etapa final: entre la pataleta y la seriedad. Goldhagen una referencia permanente**

Quizá, la mejor muestra de que los intereses entre los medios de comunicación generales y las publicaciones específicas de carácter científico o académico que se pone de manifiesto a lo largo y ancho de toda esta controversia, queda patente en los dos trabajos de crítica que merecieron mayor difusión mediática. Una vez más fueron aquellos más susceptibles de desatar la polémica y atraer la atención del público, los de Ruth Bettina Birn y Norman G. Finkelstein, que reunieron sus artículos previos en una monografía *A Nation on Trial. The Goldhagen Thesis and Historical Truth* (New York, Metropolitan Books/Henry Holt, 1998).

Birn se mueve entre los dos ámbitos (académico/publicístico), entre su detallado análisis de 30 ejemplos donde Goldhagen no utiliza las fuentes adecuadamente,

---

23. "La larga sombra de la culpabilidad alemana: ecos y derivaciones de la Historikerstreit", núm. 40, 2000, pp. 137-167. El artículo de Moreno Luzón "El debate Goldhagen: los historiadores, el holocausto y la identidad nacional alemana" (*Historia y Política*, núm.1, abril 1999, pp. 135-157) representa para el caso español esa fase posterior de sosegada revisión académica realizada desde revistas especializadas en toda Europa y que queda patente en trabajos como el de Husson (1998) para Francia, Rosenfeld (1999) para Inglaterra (ya citados) o Dieter Pohl para Alemania ("Die Holocaust-Forschung und Goldhagens Theses", en *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*, ) 45 Jahrgang, Heft 1, Januar 1997, pp. 1-48.

24. Por ejemplo, la indicación de las fechas de los artículos, algún tipo de presentación que contextualice esa fase de la polémica o un mayor purismo a la hora de traducir algunos títulos (pongo por caso el de M. Gräffin, vertido al castellano por "Precipitación irreflexiva", cuando debiera respetarse "Cortocircuito" (*Kurzschluss*) que se refiere al cortocircuito mental de Goldhagen y que transmite bien la crítica de la autora en el texto (donde reitera esa expresión).

aparecido en el *Historical Journal* que edita la Universidad de Cambridge,<sup>25</sup> y la entrevista realizada por *Der Spiegel* (10/XI/97), donde explica el éxito de Goldhagen como resultado de una campaña de promoción sin igual iniciada en 1995 y donde cuenta cómo fue ella quien, tras finalizar su doctorado en Bostón, hace 11 años conoció a Goldhagen y le habló del centro de crímenes de guerra en Ludwisburg, que éste ni siquiera conocía. Ésa no es sino la manera mediática de establecer su superioridad en conocimiento de las fuentes empleadas por Goldhagen, ya que en ellas centra su crítica (y ya que no dispone más que de un par de líneas para transmitir esa idea).

Lo que es la crítica estrictamente metodológica de Birn se dirige a la parcialidad de Goldhagen a la hora de seleccionar las fuentes y sus "dogmáticas generalizaciones", a cómo pasa de constatar ciertos casos particulares a implicar a todo un pueblo. Por un lado, solo emplea aquellas fuentes que dan respuestas simples a preguntas complejas, mientras que no utiliza otras que apoyan conclusiones opuestas a las suyas. Ello constituye para Birn una clara muestra de los prejuicios con los que opera Goldhagen. Por otro, falta el marco comparativo a varios niveles: solo analiza tres grupos de perpetradores, pero acusa a todos los alemanes; además, si su antisemitismo fue único es preciso comparar con otros pueblos y si solo los alemanes lo hicieron habrá que comparar con los no alemanes (aunque las comparaciones no sirvan para eludir la responsabilidad alemana).

Finkelstein, que enseña teoría política en el Hunter College de la New York University, es mucho más polémico aún y sus argumentos caen completamente del lado de la controversia mediática (y nada de la crítica académica o erudita). Su tesis es que los estudios del Holocausto son principalmente una industria de propaganda, una explicación sionista del holocausto nazi, de los que el de Goldhagen sería un caso particular. Como diría más tarde en *The Observer*, al promocionar a *Nation on Trial*, Goldhagen no es más que parte del "circo" que forman los estudios del Holocausto. Por eso su obra, que forma parte de la literatura del Holocausto (no de la scholarship del holocausto, con minúsculas éste) y que da una explicación insuficiente del genocidio (antisemitismo), cuenta con el apoyo de los defensores de Israel. El tono de las críticas de este conocido antisionista, que

---

25. Núm. 40, I, marzo de 1997, pp. 195-215. En realidad se trata de una reseña a la edición inglesa del libro de Goldhagen (Londres, Little Brown, 1996).

analiza todo bajo el prisma de un mundo árabe permanentemente golpeado por la alianza norteamericana-israelí<sup>26</sup>, marcan el límite extremo del carácter ideológico y externo de la controversia. No en vano Goldhagen no cree que ni tan siquiera merezca la pena contestar a tales críticas y cataloga a Filkenstein como un "denier" o negacionista del Holocausto<sup>27</sup>.

Al margen de estos últimos coletazos de la polémica (ya un tanto salidos de tono), Goldhagen ha realizado una aportación sustancial al convertir su tesis en un punto de partida y referencia para el desarrollo de una serie de investigaciones posteriores. La historiografía internacional de finales de los 90 y principios del siglo XXI ha quedado definitivamente marcada por la reflexión sobre aspectos como la actitud del pueblo alemán hacia el nazismo oficial, su grado de colaboración, el papel de los individuos y los grupos específicos en el genocidio...<sup>28</sup>

Como en el caso anterior, resulta imposible la revisión detallada de este impacto llamémosle historiográfico (que aún está en pleno funcionamiento), y éste es otro hecho al que debemos acostumbrarnos los historiadores del presente, al exceso de material documental que es propio de la sociedad de la información, razón por la cual estamos obligados a un complejo proceso de selección de fuentes que me parece crucial como reto y como medio de acabar con la sacralización de ciertas fuentes o el intento de agotarlas para cada tema. Creo que de lo que se trata es, en cualquier caso, de efectuar una selección ilustrativa de lo que el historiador quiere poner de manifiesto. Para el caso que nos ocupa me parece suficiente mencionar la obra de Eric A. Johnson, *The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans* (New York, 2000) por su insistencia en la necesidad de hacer distinciones (a ello

---

26. En su reciente *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*. (2000) sitúa en la guerra Árabe-Israelí de 1967 el origen de esa alianza entre la política exterior norteamericana e Israel, instrumentalizando el Holocausto para fortalecer el nuevo estatus de Israel.

27. La respuesta de Goldhagen a esta parte de la polémica puede verse en "The fiction of Ruth Bettina Birn" (*German Politics and Society*, 15, 3, Fall 1997), "The new discourse of avoidance" (ampliación de la crítica a Filkenstein aparecida en *Frankfurter Rundschau*, 18/IX/1997) y "A Thinly Disguised Ideological Tract", reseña de *A Nation on Trial* (todos incluidos en <http://www.goldhagen.com>).

28. Hasta un decidido estructuralista como Ian KERSHAW, que en un momento dado se decide a cultivar uno de los terrenos más abonados por los "intencionalistas" (la biografía de Hitler), cuenta en el prefacio al primer tomo de su *Hitler* (1998) que lo que le interesa son las actitudes de los alemanes corrientes.

obliga, entre otras cosas, la generalización e identificación entre alemanes y verdugos efectuada por Goldhagen). Algunos alemanes fueron más culpables que otros, por ejemplo los miembros de la Gestapo, que no eran alemanes corrientes, sino celosos nazis y fanáticos antisemitas, voluntarios y muy dados a la violencia. Torturaron y mataron y no se limitaron a seguir ordenes. Tras la guerra tendieron a no arrepentirse. Pero en sus procesos de desnazificación fueron tachados de "ofensores menores" y se les rehabilitó completamente (el autor estudia 1100 casos de los archivos de juzgado y policía). Por otro lado, de las filas de la iglesia y del comunismo, por ejemplo, surgen casos de oposición a los nazis y son víctimas de persecución por la Gestapo o acaban en campos (NYT, 20/II/2000).

Otro caso paradigmático es el de Robert Gellately en *No sólo Hitler. La Alemania Nazi entre la coacción y el consenso* (Crítica, 2002). Su investigación en los archivos alemanes sobre la acción de la Gestapo le descubrió que, lejos del secreto, sus actuaciones eran publicitadas con normalidad en la prensa y por tanto perfectamente conocidas por todos los alemanes. Lo importante para el autor es constatar que la estrategia de Hitler y sus acólitos no fue nunca la del terror, sino la de ganarse el apoyo popular (el título original de la obra es *Backing Hitler*) cosa que se logró plenamente: la mayoría de los ciudadanos no solo acabaron aceptando a Hitler tras el apoyo libre en unas elecciones sino respaldándole firmemente. La represión, el famoso terror de la dictadura lo reservó Hitler para sus enemigos, reducidos a minorías muy selectivas por las que el pueblo sentía odio (entre ellas los judíos). Los alemanes estuvieron orgullosos de que Hitler se deshiciera de este tipo de marginales (pp. 13-22). Así, Hitler quitó las trabas que frenaban la acción de un antisemitismo reprimido, pero ya existente. Al margen de los resultados a que llega el autor, queda claro que las tesis de Goldhagen en algunas de sus afirmaciones centrales van siendo utilizadas como punto de partida para extraer otro tipo de conclusiones. Aunque ni la mayor parte de alemanes eran acérrimos antisemitas antes de 1933, ni los nazis hicieron de la persecución judía foco central de su política, ni el antisemitismo unilateralmente explica el Holocausto, Goldhagen ha sentado una serie de puntos importantes.

El propio Goldhagen ha seguido profundizando en esa vía, en su última ocasión para sondear el papel de la Iglesia en el Holocausto<sup>29</sup>, de nuevo pisando un terre-

---

29. Se centra en la connivencia tacita del Vaticano y del papa Pacelli (profundamente antisemita) durante el Holocausto (vid. la reseña del libro en *Corriere della Sera*, 8/IX/1999).

no movedizo y polémico, pero ya nunca tan impactante porque precisamente el rotundo éxito mundial de la primera controversia fue concitar tantos factores externos e internos al tiempo, algo prácticamente imposible de repetir. Como escribiera Oliver Morel en *República des Lettres*, la gran lección a extraer de la controversia Goldhagen es que "el trabajo sobre el pasado no está terminado y de manera cíclica un síndrome catárquico resurge en Alemania y en Europa en estos debates interminablemente renovados"<sup>30</sup>. Sucedió en 1999 con el emblemático Jüdische Museum en Berlín (vacío durante dos años largos de polémica), o más recientemente con el



Bunker de Hitler, que algunos querían convertir en un monumento a las víctimas del nazismo<sup>31</sup>; no se olvide que en la batalla entre olvido y recuerdo, los edificios y esculturas diseminadas por los espacios públicos, los nombres de calles, etc. juegan un papel crucial. En cualquier caso, a la vista de las páginas precedentes, ya tengo una respuesta a la pregunta planteada durante el debate por Jost Nolte en *Die Welt* (16/IV/96): sí, Sisyphos es alemana, especialmente alemana<sup>32</sup>.

30. El texto es de 1996 y se puede encontrar en <http://republique-des-lettres.com>.

31. Goldhagen tomó parte en esta polémica abogando porque se conservara el búnker ya que para él: "no hay democracia sólida si se eliminan los símbolos del odio" (*Corriere della Sera*, 03/XII/1999).

32. Recuérdese que, según la mitología griega, Zeus le impuso el castigo (por los diversos "crímenes" cometidos) de subir eternamente un enorme peñasco hasta la cima de la montaña y que, una vez arriba, Sísifo volvía a descender, arrastrado por el peso del peñasco.